

Repensar la economía

Estamos en un momento de inflexión histórica donde el futuro se vislumbra sombrío. La transición de una economía de especulación, deslocalización productiva y guerra –constituye una auténtica vergüenza colectiva que hoy el mundo gaste 4,000 millones de dólares al día en armas y gastos militares cuando mueren de hambre millones de personas diariamente, en un genocidio de desamparo e insolidaridad- a una economía basada en el conocimiento para un desarrollo global sostenible y humano es más imprescindible que nunca.

Los jóvenes son la esperanza y deben sobreponerse al acoso economicista que quiere convertirlos en seres sumisos y amilanados en lugar de actores, dando alas al escepticismo en lugar de a la esperanza. Recuerdo aquella frase del 15-M que tanto me ilusionó: “Si no nos dejáis soñar, no os dejaremos dormir”. Los jóvenes no deben distraerse en cuestiones locales, en obcecadas pertenencias, en favor de cuestiones irrelevantes cuando hay tanto qué hacer frente a problemas que incumben a todos, habitantes de una parte de mundo u otra, de un estatus social u otro, de un color de piel u otra, de una ideología u otra...

Nosotros, los que ya llevamos recorrido gran parte del camino debemos recordar permanentemente nuestras obligaciones intergeneracionales y aprender a com-partir, a con-vivir, a des-vivirnos por los demás, porque la solidaridad y el desprendimiento son, precisamente, los ignorados

caminos del mañana que son indispensables para alcanzar ese otro mundo posible que todos anhelamos.

Nos encontramos en un momento en que el desarrollo económico está basado sobre todo en la potencia militar, lo cual supone un error craso porque no hay economía de guerra sin guerra. Es lógico que la “locomotora económica” americana cuente mucho en los planteamientos europeos, pero para competir y no para depender. Es importante recordar que en la cumbre de la Unión Europea celebrada en Lisboa en el año 2000, se decidió que “Europa debe ser líder, en el 2010, de una economía basada en el conocimiento”. Obviamente la realidad en el 2019, obsesionados por el PIB, por el crecimiento económico y no por el desarrollo, es muy distinta...

En 1945 finalmente se dispuso de un marco institucional a escala mundial y de unos principios para elaborar los códigos de conducta. Era preciso eliminar o reducir las diferencias entre unos y otros, para que los caldos de cultivo que representan la pobreza y la exclusión no originaran comportamientos que afectan la estabilidad y la convivencia pacífica. El programa de las Naciones Unidas para el desarrollo (PNUD) nace entonces con ese propósito. El desarrollo tiene que ser *integral*, es decir no sólo económico sino social, político, cultural, educativo, sanitario; *endógeno*, porque no se otorga sino que las distintas capacidades y destrezas se adquieren día a día con esfuerzo; *sostenido* o duradero para que no afecte al contexto ecológico ni se agoten los recursos naturales; y – ¡por fin! – debe ser *humano*, es decir, son los habitantes de la Tierra, sin excepción, los que deben ser beneficiarios y protagonistas del mismo.

Lamentablemente los propósitos de entonces se han olvidado. Es apremiante transformar la actual economía y reducir drásticamente la producción de armamentos y las iniciativas espaciales para invertir en infraestructuras que aseguren el acceso de todos los habitantes de la tierra al agua potable, a una vivienda digna, a unas fuentes energéticas renovables...

En 1974 los países más avanzados habían decidido ofrecer el 0,7% del PIB a los más necesitados para que pudieran fortalecer sus propias capacidades y esa ayuda se convirtió -con la excepción de los países nórdicos- en préstamos concedidos en condiciones draconianas y uniformes, y el “ajuste estructural” quedó como un gran disparate y abuso que favorece a los prestamistas y, en general, acaban por hundir y someter a los prestatarios, cuyos recursos naturales pasan, con estas mañas, a manos ajenas. Por otra parte, la cooperación internacional favorece, aun con la mejor voluntad, la emigración de los mejores talentos del “tercer mundo” a los países más avanzados.

Afortunadamente, cuando se lograba globalizar la economía en beneficio de unos cuantos- -el “gran dominio” financiero, militar, energético, mediático- han conseguido los muchos que se globalice su libertad de expresión, que la palabra empiece a competir con la espada, que convencer inicie el camino que le permita, quizás, superar a los que siguen pensando que vencer al precio que sea, sigue siendo la única alternativa.

Siempre es tiempo para evitar males mayores, para rectificar una trayectoria. De joven se me quedaron grabados unos versos de Luis Cernuda en “*Para ti, para nadie*”: “Pues no basta el recuerdo, cuando aún queda tiempo”. No podemos aceptar que se hable de ayuda “humanitaria” cuando las actitudes insolidarias (“globalización de la indiferencia” ha dicho el Papa Francisco) se amplían hasta límites éticamente intolerables, cuando se invaden países basados en argumentos falsos y se provocan conflictos y guerras... Es inadmisibles que sean los destructores los que ponderen y repartan los beneficios de la reconstrucción. Tenemos que “reconstruirnos” mutuamente la conciencia, el sentimiento de fraternidad vituperado, el deseo de venganza originado. Reconstruirnos todos en una nueva cultura: la cultura de paz y no violencia. Es apremiante –nos hallamos por primera vez en la historia ante amenazas de procesos potencialmente irreversibles- la transición histórica de una cultura de imposición y dominio a una cultura de diálogo, conciliación y paz. Para la transición de la fuerza a la palabra: así de sencillo, y de difícil. A partir de ahora, superando una inercia de siglos de dominio absoluto masculino, en lugar de “*si vis pacem para bellum*,” “*si vis pacem para verbum*”.

Hasta hace más de tres décadas, la gran mayoría de la humanidad nacía, crecía, vivía y moría en unos pocos kilómetros cuadrados. Los seres humanos eran obedientes, silenciosos, temerosos. Gracias en buena medida a la tecnología digital, hoy, progresivamente, saben lo que acontece y pueden expresarse libremente. Pero lo más relevante es que la mujer aparece en el espacio público y asume las funciones que, en plano de total igualdad, le corresponden.

Ahora sí, “Nosotros, los pueblos” como se inicia –tan lúcida como prematuramente en 1945- la Carta de las Naciones Unidas –estamos en condiciones, todos iguales en dignidad, de acometerá tiempo los grandes retos actuales. Y eliminar los grupos plutocráticos (G7, G8, G20) refundando un multilateralismo democrático eficiente.

Es imperativo poner en práctica un nuevo concepto de seguridad y de trabajo, para garantizar que sea la especie humana la que se beneficia de la tecnología sin someterse nunca a ella. Cada ser humano único capaz de crear, de inventar el futuro, nuestra esperanza.

Federico Mayor Zaragoza

Federico Mayor Zaragoza, Catedrático de Bioquímica, Rector de la Universidad de Granada (1968-1972), Director General de la UNESCO de 1987-1999. En 1999 creó la Fundación Cultura de Paz, de la que es Presidente.

28 de octubre de 2019.